

MARKUS GABRIEL

POR QUÉ EL MUNDO
NO EXISTE

Traducción de
JUANMARI MADARIAGA

PASADO & PRESENTE

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

ÍNDICE

REPENSAR LA FILOSOFÍA	9
Apariencia y realidad	10
El nuevo realismo	13
La pluralidad de los mundos	15
Menos que nada	19
1. ¿QUÉ ES EXACTAMENTE ESO QUE LLAMAMOS EL MUNDO?	25
El universo y tú	30
El materialismo	37
«El mundo es todo lo que sucede»	41
El constructivismo	47
Filósofos y físicos	54
2. ¿QUÉ ES LA EXISTENCIA?	59
El Superobjeto	62
Monismo, dualismo, pluralismo	64
Diferencias absolutas y relativas	70
Campos de sentido	73
3. ¿POR QUÉ NO EXISTE EL MUNDO?	81
El superpensamiento	86
Nihilismo e inexistencia	90
Mundo exterior y mundo interior	99

4.	LA CONCEPCIÓN CIENTÍFICA DEL MUNDO	107
	Naturalismo	113
	Monismo	117
	El libro del mundo	122
	Verdades subjetivas	131
	Sendas forestales	137
	Ciencia y arte	142
5.	EL SENTIDO DE LA RELIGIÓN	149
	Fetichismo	155
	El infinito	163
	La religión y la búsqueda de sentido	167
	La función de Dios	175
6.	EL SENTIDO DEL ARTE	181
	Ambivalencias	182
	Sobre sentido y significado	186
	El demonio de la analogía	190
	Reflexividad	193
	Diversidad	199
7.	CRÉDITOS FINALES: TELEVISIÓN	205
	<i>A show about nothing</i>	208
	Los sentidos... ..	211
	...y el sentido de la vida	216
	<i>Glosario</i>	219
	<i>Índice de nombres</i>	223

REPENSAR LA FILOSOFÍA

La vida, el universo y todo lo demás ... Probablemente todo el mundo se ha preguntado alguna vez qué sentido tiene todo eso. ¿Qué somos? ¿Somos solo una acumulación de partículas elementales en el enorme contenedor del mundo? ¿O tienen nuestros pensamientos, deseos y esperanzas una realidad propia, y en tal caso, cuál? ¿Cómo podemos entender nuestra existencia o incluso la existencia en general? ¿Y hasta dónde alcanza nuestro conocimiento?

En este libro desarrollaré el principio de una nueva filosofía, que parte de un principio simple: que el mundo no existe. Como se verá, eso no significa que no haya nada en absoluto. Existe nuestro planeta, existen mis sueños, la evolución, inodoros, pérdida del cabello, esperanzas, partículas elementales e incluso unicornios en la Luna, por dar solo unos pocos ejemplos. El principio de que no existe el mundo implica la existencia de todo lo demás. Por lo tanto puedo avanzar que afirmaré que existe todo, excepto una sola cosa: el mundo.

La segunda idea básica de este libro es el NUEVO REALISMO. El nuevo realismo define una postura filosófica que caracteriza la época posterior a la del llamado «postmodernismo» (cuyo comienzo yo sitúo, en el plano estrictamente autobiográfico, en el verano de 2011 —en sentido estricto el 23 de junio de 2011, hacia las 13:30— durante un almuerzo en Ná-

poles con el filósofo italiano Maurizio Ferraris).¹ Así pues, en un principio el nuevo realismo solo era el nombre de la época posterior a la postmodernidad.

El postmodernismo intentaba un reinicio desde cero, después de que todas las grandes promesas de salvar a la humanidad hubieran fracasado, desde las religiones hasta la ciencia moderna, pasando por las ideas políticas excesivamente radicales de los totalitarismos de izquierda y de derecha. El postmodernismo quería consumir la ruptura con la tradición y liberarnos de la ilusión de que existe un sentido de la vida al que todos debemos aspirar.² Pero para liberarnos de esa ilusión no ha hecho más que generar otras nuevas, en particular la de que somos prisioneros de nuestras ilusiones. El postmodernismo quiso hacernos creer que la humanidad venía sufriendo desde la prehistoria una alucinación colectiva gigantesca, la de la metafísica.

APARIENCIA Y REALIDAD

La metafísica se puede definir como el intento de desarrollar una teoría del mundo como *totalidad*. Pretendía describir cómo es realmente el mundo, no cómo se nos aparece o se nos presenta. Así fue cómo la metafísica inventó en cierto modo el mundo. Cuando hablamos del «mundo» nos referimos a todo lo que sucede, o dicho de otro modo, a la realidad. Según eso

1. Compárese con los detalles «históricos» del libro de Maurizio Ferraris, aparecido hasta ahora solo en italiano, *Manifiesto del nuevo realismo*, Roma, 2012.

2. Como introducción a esas relaciones, cabe recomendar el texto de Terry Eagleton *Der Sinn des Lebens* (Berlín, 2008; orig. en inglés: *The Meaning of Life*, Oxford University Press, 2007).

se podría caer en la tentación de dejarnos a los seres humanos fuera de la ecuación «el mundo = todo lo que sucede realmente», admitiendo que hay una diferencia entre las cosas tal como se nos aparecen y las cosas tal como realmente son. Para averiguar cómo son realmente, se debe lograr por así decirlo eliminar del proceso de conocimiento todo lo que es obra del hombre, y con eso ya estamos metidos hasta el corvejón en la filosofía.

El postmodernismo ha replicado, sin embargo, que las cosas *solamente* existen tal como se nos aparecen, y que no hay nada más, no hay mundo o realidad en sí misma. Algunos representantes del postmodernismo un poco menos radicales, como el filósofo norteamericano Richard Rorty, opinan que puede muy bien haber todavía algo detrás del mundo como se nos aparece, aunque esto no tendría ningún interés para nosotros, los seres humanos.

El postmodernismo es simplemente otra variante de la metafísica. En concreto se trata de una forma vaga de constructivismo. El constructivismo se basa en la suposición de que no existen hechos en sí, que somos nosotros quienes construimos todos los hechos mediante nuestros diversos discursos o hechos científicos. El representante más importante de esta tradición es Immanuel Kant, quien decía que no podemos conocer el mundo tal como es en sí mismo. Sea lo que sea lo que conozcamos, siempre es algo elaborado por seres humanos.

Tomemos un ejemplo que se utiliza a menudo en este contexto, el de los colores. Desde Galileo Galilei e Isaac Newton, al menos, se sospecha que los colores en realidad no existen. Esta suposición encolerizó tanto a coloridos personajes como Goethe que decidió ofrecer una teoría propia de los colores (*Farbenlehre*). Cabría pensar que los colores son solamente ondas de una cierta longitud que afectan a nuestro órgano de la vista. El mundo es de por sí totalmente descolorido; con-

siste solamente en partículas que se agrupan según órdenes diversos de magnitud y se estabilizan mutuamente. Pero precisamente esta tesis es metafísica. Afirma que el mundo es en sí mismo muy diferente de como se nos aparece. Kant, mucho más radical, afirmaba que incluso esa hipótesis —la de las partículas en el espacio-tiempo— es solo una forma en que el mundo se nos aparece. No podemos saber cómo es realmente. Todo lo que vemos está hecho por nosotros y también por eso podemos reconocerlo. En una famosa carta a su prometida Wilhelmine von Zenge, Heinrich von Kleist resumió de este modo el constructivismo kantiano:

Si todas las personas tuvieran en lugar de los ojos lentes verdes, juzgarían que los objetos que ven *son* todos verdes y nunca podrían decidir si sus ojos les muestran las cosas como son, o si hay algo pegado a ellas que no les pertenece, sino a los ojos. Lo mismo sucede con el entendimiento. No podemos decidir si lo que consideramos verdadero es verdaderamente verdad, o si solo nos parece eso a nosotros.³

El constructivismo cree en las «lentes verdes» de Kant. El postmodernismo ha añadido que no llevamos solo un par de gafas, sino un buen surtido de ellas: la ciencia, la política, los juegos de palabras del amor, la poesía, las diversas lenguas naturales, las convenciones sociales y muchas otras. Todo es un juego complicado de ilusiones en el que nos asignamos mutuamente un lugar en el mundo, o por decirlo más simplemente: el postmodernismo tomó la existencia humana por una larga película francesa de arte y ensayo en la que todos los participantes se esfuerzan por seducirse mutuamente y por obtener poder sobre los demás y manipularlos, estereotipo

3. Heinrich von Kleist, *Sämtliche Briefe*, Stuttgart, 1999, p. 213; carta del 22-03-1801 a Wilhelmine von Zenge.

cuestionado con hábil ironía en el cine contemporáneo francés; basta pensar en *Pasiones secretas* de Jean-Claude Brisseau o en *Anatomía del infierno* de Catherine Breillat. Esa misma opción es puesta en juego de modo más retozón por David O. Russell en *Extrañas coincidencias (I ♥ Huckabees)*, que junto a clásicos como *Magnolia*, de Paul Thomas Anderson, es uno de los mejores testimonios del nuevo realismo.

Pero la existencia y el conocimiento humano no son alucinaciones colectivas ni nos apresan en un cepo de mundos ilusorios o sistemas conceptuales tras los que se oculta el mundo real. El nuevo realismo parte más bien de la idea de que conocemos el mundo tal como es en sí. Por supuesto que podemos engañarnos, y entonces sí que nos encontraremos quizá en una ilusión. Pero no es en absoluto verdad que siempre, o casi siempre, nos engañemos.

EL NUEVO REALISMO

Con el fin de entender cómo el nuevo realismo trae consigo una nueva actitud ante el mundo, elegiremos un ejemplo sencillo: supongamos que Astrid se halla en este momento en Sorrento, frente al Vesubio, mientras que nosotros (usted, mi querido lector, y yo mismo) estamos en Nápoles, desde donde también podemos observar el Vesubio. Así que en ese escenario tenemos el Vesubio, el Vesubio visto por Astrid (es decir, desde Sorrento) y el Vesubio visto por nosotros (desde Nápoles). La metafísica afirma que en ese escenario hay un solo objeto real, el Vesubio, que casualmente se puede contemplar desde Sorrento y desde Nápoles, pero eso, al volcán, lo deja, suponemos, bastante frío. Al Vesubio no le importa quién se interese por él. Eso es la metafísica.

El constructivismo, en cambio, da por hecho que en ese escenario hay tres objetos: el Vesubio para Astrid, su Vesubio y mi Vesubio. Más allá tampoco hay ningún objeto, o al menos ninguno que nosotros podamos esperar conocer.

El nuevo realismo, por su parte, asume que en ese escenario hay por lo menos cuatro objetos:

1. El Vesubio
2. El Vesubio visto desde Sorrento (perspectiva de Astrid).
3. El Vesubio visto desde Nápoles (su punto de vista).
4. El Vesubio visto desde Nápoles (mi punto de vista).

Es fácil entender por qué esta opción es la mejor. No solo es un hecho que el Vesubio es un volcán, que se encuentra en un punto específico de la superficie terrestre que pertenece actualmente a Italia, sino que también es un hecho que desde Sorrento y desde Nápoles el Vesubio parece diferente. Incluso mis sentimientos más íntimos durante la contemplación del volcán son hechos (aunque solo sea mientras los mantenga en secreto hasta que una complicada aplicación para el iPhone 1000 Plus logre escanear mis pensamientos y publicarlos en línea). Así que el nuevo realismo admite que los pensamientos sobre los hechos tienen el mismo derecho de existencia que los hechos sobre los que pensamos.

Tanto la metafísica como el constructivismo fracasan no obstante al presentar una simplificación infundada de la realidad, que la primera comprende unilateralmente como un mundo sin espectadores, y la segunda, también unilateralmente, como el mundo del espectador, cuando el mundo que yo conozco es siempre un mundo con espectadores, en el que ciertos hechos, que no se interesan por mí, coexisten con mis intereses (y percepciones, sensaciones, etc.). El mundo no es en definitiva un mundo sin espectadores ni el mundo del espectador. Este es el nuevo realismo. El viejo realismo, es decir,

la metafísica, solo estaba interesado en el mundo privado de espectadores, mientras que el constructivismo basaba el mundo y todo lo que sucede, de forma muy narcisista, en nuestra imaginación. Ambas teorías andan muy descaminadas.

Así que hay que explicar cómo puede haber espectadores en un mundo en el que no los hay siempre y en todas partes, tarea que se resuelve en este libro mediante la introducción de una nueva ontología, lo que tradicionalmente se entiende como «teoría del ser» (en griego ‘ontos’ [del ente] es el genitivo del participio activo del verbo ‘eimi’ [ser, estar]; y ‘logos’ significa simplemente en este contexto «ciencia», «estudio», «teoría»). La ontología trata pues, en última instancia, del significado de la existencia. ¿Qué queremos decir, en realidad, cuando decimos, por ejemplo, que existen los duendes? Muchos creen que esa cuestión corresponde a la física o más en general a las ciencias naturales; en definitiva, todo lo que existe es material. ¿O no? No creemos seriamente (la mayoría de nosotros) en los fantasmas, que de alguna forma podrían violar las leyes de la naturaleza y revolotear a nuestro alrededor sin dejarse notar más que excepcionalmente. Pero cuando decimos que solo existe lo que puede ser científicamente investigado y diseccionado con un bisturí, un microscopio o un escáner, estamos seguramente exagerando, ya que entonces no existirían ni la República Federal de Alemania, ni el futuro, ni los números, ni mis sueños. Y como creemos que existen, dudamos con mucha razón en encomendar exclusivamente a los físicos la cuestión de la existencia. Como veremos, la física está llena de ideas preconcebidas.

LA PLURALIDAD DE LOS MUNDOS

Posiblemente el lector desee desde el principio saber qué alcance tiene mi afirmación de que el mundo no existe. No quie-

ro prolongar el suspense y voy a anticipar lo que demostraré más adelante mediante experimentos mentales fácilmente comprensibles, ejemplos y paradojas. Cabría pensar que el mundo es el conjunto de todo lo que existe y nos rodea sin nuestra contribución. Hoy en día hablamos por ejemplo del «universo» refiriéndonos a esas extensiones inabarcables donde innumerables soles y planetas se desplazan a su antojo y donde los humanos han construido su modesta civilización en un rincón relativamente tranquilo de la Vía Láctea. El universo existe, es un hecho. No voy a pretender que no existan galaxias o agujeros negros; lo que sostengo es que el universo no es *el todo*. En realidad, es un ámbito bastante rústico o limitado, según se mire.

Bajo el concepto de UNIVERSO se entiende el dominio o área objetual, experimentalmente explorable, de las ciencias naturales. Pero el mundo es significativamente más grande que el universo. A él pertenecen también los estados, sueños, oportunidades no realizadas, obras de arte y en particular nuestros pensamientos sobre el mundo. También hay muchos objetos intangibles. Mientras usted recorre mentalmente los pensamientos sobre el mundo que le presento, no se eleva a los cielos, por decirlo así, para contemplar desde fuera el mundo. Nuestros pensamientos sobre el mundo permanecen en él, forman parte de él, porque desgraciadamente no es tan fácil escapar de todo este embrollo mediante la pura reflexión.

Pero si los estados, sueños, posibilidades no realizadas, obras de arte y especialmente nuestros pensamientos sobre el mundo pertenecen al mundo, este no puede ser idéntico al dominio objetual de las ciencias naturales. Yo, al menos, no he sido informado de que la física o la biología hayan integrado la sociología, el derecho o la lingüística alemana, ni menos aún de que la *Mona Lisa* haya sido analizada y explicada en un laboratorio de química. Eso sería sin duda bastante caro y probablemente absurdo. No se puede pues definir razonablemente el

MUNDO sino describiéndolo como dominio de todos los dominios. El mundo sería pues el dominio en el que existen no solo todas las cosas y todos los hechos que tienen lugar sin nosotros, sino también todas las cosas y todos los hechos que solo existen gracias a nosotros, ya que en definitiva debe ser el ámbito que lo incluye todo: la vida, el universo y todo lo demás.

Pero es precisamente eso que todo lo abarca, el mundo, lo que no existe y no puede siquiera existir. Junto a esta tesis principal debe ser destruida la ilusión de que existe ese mundo al que la humanidad se aferra tan tercamente, pero también quiero aprovecharla para obtener resultados positivos, porque no solo afirmo que no existe el mundo, sino también que existe todo lo demás, excluido el mundo.

Esto puede sonar extraño, pero se puede ilustrar de modo sorprendentemente fácil mediante nuestras experiencias cotidianas. Imaginemos, por ejemplo, que nos reunimos con amigos en un restaurante para cenar. ¿Hay ahí una zona que abarque a todas las demás? ¿Podemos trazar un círculo en torno a todo lo que concierne a nuestra visita al restaurante? Bueno, veamos: es probable que no seamos los únicos en el restaurante; así que hay varios comensales en mesas con diferentes dinámicas de grupo, preferencias culinarias, etc. Además está el mundo del personal de servicio, el dueño del restaurante, los cocineros, y también los insectos, las arañas y las bacterias invisibles para nosotros que residen en el restaurante. Por otra parte, hay eventos al nivel subatómico o de las divisiones celulares, las perturbaciones digestivas y las fluctuaciones hormonales. Algunos de estos eventos y objetos están relacionados, y otros no lo están en absoluto. ¿Qué sabe la araña en las vigas del techo, que nadie percibe, de mi buen humor o mis preferencias alimenticias? Y sin embargo, la araña forma parte de nuestra visita al restaurante, aunque en general no sea advertida. Lo mismo se aplica a la eventual indigestión, que tampoco se convierte en foco de atención.

Hay pues en el restaurante muchos ámbitos objetuales o áreas temáticas, por así decirlo, pequeños mundos aislados que existen unos junto a otros sin interactuar realmente. Hay muchos pequeños mundos, pero no un mundo al que todos ellos pertenezcan. Eso no significa que esos pequeños mundos sean solo distintas perspectivas de un mismo mundo, sino que solo existen esos pequeños mundos. Existen realmente, y no solo en mi imaginación.

Precisamente en ese sentido se puede entender mi afirmación de que el mundo no existe. Es simplemente falso que todo esté interconectado. La afirmación popular de que el aleteo de una mariposa en Brasil puede provocar un tornado en Texas, es simplemente errónea. Muchas cosas tienen que ver con otras, pero es falso (¡en realidad imposible!) que todo esté interconectado. Por supuesto, cada uno de nosotros crea relaciones duraderas. Producimos imágenes de nosotros mismos y de nuestro entorno, en el que situamos nuestros intereses. Cuando estamos hambrientos esbozamos un mapa de alimentos de nuestro entorno; el mundo se convierte en comedero. En otros momentos seguimos cuidadosamente una cadena de pensamientos (espero que así sea en este momento). Y hay otros en los que tenemos propósitos muy diferentes. Así, aunque fingimos estar moviéndonos siempre en el mismo mundo, lo que muestra que nos tenemos por gente importante, nuestros asuntos cotidianos nos parecen tan importantes como sus juegos a un niño; y en cierto sentido lo son, porque tenemos una sola vida, que se desarrolla después de todo en un horizonte de sucesos muy limitado. Pero recordemos: en nuestra infancia nos parecían infinitamente importantes cosas que ahora consideramos banales, como los dientes de león, por ejemplo. Las relaciones cambian continuamente en nuestras propias vidas. Cambiamos nuestra propia imagen y la del entorno y nos adaptamos en cada momento a una situación nunca conocida antes.

Lo mismo sucede con el mundo visto como un *todo*, algo que es tan raro como una relación que englobara todas las relaciones. Simplemente no hay regla o fórmula que describa la totalidad del mundo, y eso no se debe a que no se haya hallado todavía, sino al hecho de que no puede existir.

MENOS QUE NADA

Volvamos a la distinción entre la metafísica, el constructivismo y el nuevo realismo. Los metafísicos sostienen que hay una regla que todo lo abarca y los más audaces entre ellos creen también haberla encontrado. Así se suceden en Occidente, desde hace casi tres mil años, un descubridor de la Fórmula Omnisciente tras otro: desde Tales de Mileto a Karl Marx o Stephen Hawking.

El constructivismo, en cambio, afirma que no podemos conocer la regla. Nos enzarzamos en luchas de poder o porfías comunicativas, tratando de ponernos de acuerdo sobre qué ilusión queremos dar por buena y aplicar ahora.

El nuevo realismo intenta por el contrario responder de forma coherente y seria a la pregunta de si podría haber siquiera una norma de ese tipo. La respuesta a esta pregunta no puede ser una nueva construcción. En cambio, pretende —como toda respuesta a cualquier pregunta seria, aun la más cotidiana— saber de qué se trata. Sería extraño que alguien, ante la pregunta de si queda todavía mantequilla en la nevera, respondiera: «Sí, la mantequilla y la nevera solo son en realidad una ilusión, una construcción humana. En realidad no existen mantequilla ni nevera. O al menos no sabemos si existen. ¡En cualquier caso, que aproveche!».

Para entender por qué no existe el mundo, primero hay que entender lo que significa exactamente que algo exista.

Solo existe algo si aparece en el mundo. Dónde podría existir algo, sino en el mundo, si por él entendemos la *totalidad*, el ámbito donde sucede todo lo que efectivamente sucede. Ahora bien, resulta que el propio mundo no aparece ni sucede en el mundo. Yo, por lo menos, nunca lo he visto, sentido o saboreado. E incluso si pensamos en el mundo, el mundo *sobre* el que pensamos es por supuesto distinto del mundo *en el* que pensamos. Puesto que mientras yo pienso sobre el mundo, eso es un pequeño acontecimiento en el mundo, mi pequeño pensamiento sobre el mundo. Junto a este hay un sinnúmero de otros objetos y eventos: chubascos, dolores de muelas y la Cancillería Federal.

Así que cuando pensamos sobre el mundo, lo que captamos es algo diferente a lo que queríamos captar. Nunca podremos comprender el *todo*. En principio, es demasiado grande para cualquier pensamiento. Pero esto no es un simple defecto de nuestra capacidad de conocimiento y no depende solo del hecho de que el mundo sea infinito (el infinito sí lo podemos captar, al menos parcialmente, por ejemplo en la forma de cálculo infinitesimal o en la teoría de conjuntos). El mundo no puede existir, en principio, porque no aparece en el mundo.

Por un lado sostengo, pues, que existe algo menos de lo que se esperaba, porque el mundo no existe. No existe y no puede existir. De esto sacaré conclusiones importantes que hablan entre otras cosas contra la concepción científica del mundo en su difundida versión mediática y de política social. De hecho, voy a argumentar contra cualquier cosmovisión o concepción del mundo, porque no cabe hacerse una imagen del mundo, ya que no existe.

Por otro lado también mantengo que existe mucho más de lo que cabía esperar, a saber, todo lo que no es el mundo. Sostengo que en la parte oculta de la Luna hay unicornios que llevan uniforme de policía, puesto que esta idea existe en el mundo, y con ella los unicornios con uniforme de policía. En el

universo, sin embargo, no aparecen por lo que yo sé. Ningún viaje a la Luna organizado por la NASA permitirá fotografiar a los mencionados unicornios. ¿Pero qué pasa con el resto de cosas que supuestamente no existen: duendes, brujas, armas de destrucción masiva en Luxemburgo y así sucesivamente? Pues que aparecen también en el mundo, por ejemplo, en las falsas creencias, cuentos o psicosis. Mi respuesta es: también existe todo lo que no existe, solo que no existe en el mismo ámbito o dominio. Los elfos existen en los cuentos de hadas, pero no en Hamburgo; hay armas de destrucción masiva en Estados Unidos, pero no —por lo que yo sé— en Luxemburgo. Así que la pregunta no es simplemente si existe tal cosa, si no dónde existe o no existe. Porque todo lo que existe, existe en alguna parte, aunque solo sea en nuestra imaginación. La única excepción es, lo diré de nuevo, el mundo. No podemos ni siquiera imaginárnoslo. Lo que imaginamos, si creemos en el mundo, es, por decirlo así, «menos que nada», como el título de un libro del filósofo rebelde estrella Slavoj Žižek.⁴

En este libro me gustaría presentar el esbozo de una nueva ontología realista. No me referiré pues apenas a otras teorías; lo haré solo cuando considere que un poco de historia servirá de ayuda para una mejor comprensión. No será por tanto una introducción general a la filosofía ni una historia de la epistemología, sino un intento lo más claro posible de desarrollar una nueva filosofía. No habrá pues que abrirse camino a través de los clásicos casi incomprensibles de la filosofía para entender de qué va la cosa, ya que pretendo escribir este libro para que sea legible sin requisitos previos.

Comienza, como toda filosofía, a partir de cero. Por eso definiré lo más claramente posible todos los términos clave

4. Slavoj Žižek, *Less Than Nothing. Hegel and the Shadow of Dialectical Materialism*, Londres, 2012. En cast.: *Menos que nada. Hegel y la sombra del materialismo dialéctico* (Madrid, Akal, 2015).

que utilizo. Estos términos aparecerán en versalita, pudiendo consultar su significado en el glosario en cualquier momento. Le prometo sinceramente que en este libro no aparecerán términos monstruosos o pomposos como «la síntesis trascendental de la apercepción».

Ludwig Wittgenstein escribió en una ocasión: «Todo lo que se puede decir, se puede decir claramente».⁵ Me comprometo con ese ideal, porque la filosofía no debe ser una ciencia secreta elitista, sino un asunto abierto al gran público (aunque a veces resulte un tanto prolijo). Me limitaré, por tanto, a ofrecer al lector una vía bastante original (en mi opinión) a través del laberinto de los que acaso sean los mayores enigmas filosóficos: ¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿Y de qué trata todo esto?

La esperanza de ser capaz de decir algo realmente nuevo sobre estos problemas que afronta la humanidad puede parecer ingenua, pero por otro lado las propias preguntas *son* ingenuas. A menudo hay niños que las hacen, y esperemos que nunca dejen de hacerlas. Las dos primeras preguntas filosóficas que yo me hice a mí mismo me salieron al paso cuando volvía a casa desde la escuela primaria, y nunca han dejado de preocuparme: una vez me cayó una gota de lluvia en el ojo y vi duplicado un mismo farol, por lo que me pregunté hasta qué punto podía confiar en mis sentidos. La otra pregunta se me vino encima cuando de repente me di cuenta de que el tiempo pasa y de que utilizaba la palabra «ahora» para situaciones completamente diferentes. Fue probablemente en ese momento cuando se me ocurrió que el mundo no existe, aunque he necesitado veinte años para profundizar en esa idea filosófica y distinguirla de la idea de que todo es solo una ilusión.

5. Ludwig Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus*, en *Werkausgabe*, Frankfurt, 2006, tomo 1, p. 9. En cast.: *Tractatus logico-philosophicus*, Madrid, Alianza, 1973, 2004, p. 31.

Mientras tanto, he venido enseñando desde hace varios años filosofía en varias universidades y he tenido la oportunidad de discutir en innumerables ocasiones, con investigadores de todo el mundo, los problemas de la epistemología y el escepticismo filosófico (mis temas de investigación). No debería ser ninguna sorpresa que haya pasado por el tamiz de la duda prácticamente todo lo que me he ido encontrando (quizá sobre todo mis propias creencias). Pero una cosa está para mí cada vez más clara: la tarea de la filosofía es recomenzar siempre desde el principio, una y otra vez.

PASADO & PRESENTE